

ANEXO 2

VIAJE DESDE MONTREAL A OREGÓN Y REGRESO A SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA

“Ya parto... ¿será sin vuelta? ¡Oh, no! Yo espero tornar: Y veré mi amada Casa Y a mi madre aquí en su altar.”

El equipaje no podía ser mucho por las dificultades del transporte. Se mandaron a hacer seis maletas de cuero muy firmes, y tantos bolsones de manos cuantos eran los viajeros. Si por una parte la divina Providencia todo lo disponía favorablemente, por otra no faltaban pronósticos funestos. Personas de buen criterio hacían llegar a oído de los Superiores que temían que el envío de las hermanas a Oregón fuera prematuro; que toda la gente había desaparecido, que ni sacerdotes quedaban; que la miseria en aquellas regiones era extrema. Sólo conocíamos el itinerario de nuestro viaje hasta San Francisco de California. Otro sacrificio (que) nos aguardaba al acostarnos, era el de dejar nuestro santo hábito. El viaje debía hacerse con traje seglar, porque así lo creían mejor y más prudente nuestros Superiores. Además, hasta el presente había la comunidad vestido un traje color de ceniza encendido, con visos de morado. ...la comunidad resolvió reemplazar el referido color por el negro, más común y más económico, sin cambiar en nada la forma del hábito. Nos levantamos como a las dos de la mañana y nos vestimos los trajes seglares que nos tenían preparados. Nuestra Madre Larocque y Sor Amable vistieron de negro; Sor María del Sagrado traje era uno solo para todo el viaje; pobre, pero bastante completo, para evitar llamar la atención, con sombrero, velo, guantes. Nuestra Reverenda Madre Superiora Sor Emilia Carón, Sor Teresa de Jesús Tetu, que después vino también a Chile y el señor Vicario General nos acompañaron hasta Nueva



York, y varios amigos de la comunidad hasta los límites de Canadá. El 18 de Octubre de 1852, día de pleno otoño, ya teníamos como dos horas de camino. La primera noche la pasamos en Troyes, y la segunda en Nueva York. El miércoles 20, después de almuerzo, como a la una del día dejamos el hotel para ir al vapor. El que nos llevó, llamado “Estrella del mar”, era nuevo y, según dijeron, bueno. Empero...este era todo negro y de una armadura que por sí decía: preparado estoy para la tempestad. La multitud de tripulantes...asustaba; como cuatrocientos pasajeros buscaban cómo acomodarse. Hasta entonces ninguna de nosotras sabía lo que era el mar ni mareo. “Ahora ¡valor!” El cañón acababa de anunciar la partida del vapor. Los cuatro primeros días fueron de bastante sufrimiento. El mar Atlántico es mucho más fuerte y tempestuoso que el Pacífico. A los cinco días de navegación, a medida que nos íbamos acercando al Ecuador, el calor se hacía sentir más y más y nos obligó a salir del camarote para buscar aire libre. El 29 de Octubre, dejando a la izquierda la isla de Cuba, que vimos a no muy larga distancia, llegamos a la embocadura del río San Juan. En el río San Juan esperaban a los pasajeros unos cuantos vapores pequeños, que remontaron el río hasta el lago Nicaragua.

Estos transportes eran en extremo incómodos. Nadie podía estar de pies, ni había lugar para tenderse sobre el piso de la embarcación. Si el sueño nos vencía había que rogar a nuestra vecina nos permitiera afirmar un poco la cabeza en su hombro. Comida no había. Agua, dijeron que no era saludable, y no se probó hasta que la sed nos desesperó. Con frecuencia había que

desembarcar para que, aligerado el transporte, pudiera remontar ciertas corrientes más rápidas. Dejamos sin pesar esos transportes y anduvimos algunas cuadras a pie hasta llegar al lago Nicaragua, donde encontramos vapores un poco más cómodos. En el que ocupamos pudimos siquiera acostarnos en el suelo y conseguimos algunas hogazas de marineros, con lo que nos entretuvimos un poco. El 1° de Noviembre llegamos a Bahía Virgen. Ahí nos aguardaban tropas inmensas de mulas. El desembarque fue de lo más penoso. Para tomar lanchas en que ir a tierra había que bajar de mucha altura por unas escalitas de cordeles delgados, tan incómodos como inseguras. Ahí encontramos carne asada sin sal y un poco de café puro, que todas tomamos como un regalo del Señor. Se aseguraron la mulas necesarias



para nuestra caravana. No había tiempo que perder, porque el trayecto que había que hacer era como de cinco a seis leguas y eran cerca de las tres de la tarde. A poco andar encontramos pasos tan difíciles, que parecía

imposible salir de ellos. Ya eran unas sendas tan sumamente estrechas y al borde de precipicios de una profundidad incalculable. Nosotras tuvimos que abandonar una de nuestras mulas por no poderla sacar (del pantano) . Varias veces caímos nosotras de nuestras sillas. Después de una hora más o menos, de oscura noche, divisamos la luz de una cabaña.

Nos acercamos a ella como por encanto; más el dueño de casa no nos acogió a gozar de sus resplandores, porque ya tenía muchísimos huéspedes; pero nos dio a entender que a corta distancia encontraríamos alojamiento, y mando un mozo para que nos guiara. Apenas aclaró la luz del día siguiente, nos pusimos en movimiento para continuar nuestro camino, poco más o menos en las mismas condiciones que la víspera. Como a las diez del día 2 de noviembre llegamos a Pineda, puerto del Pacífico, donde nos esperaba el vapor de la carrera hasta San Francisco de California. En aquella región hacía un calor insoportable, sobre todo en el trayecto del istmo. Si Dios no hubiera mandado cada cuarto de hora o cada media hora unos minutos de lluvia para refrescar la temperatura, el calor nos habría sofocado. Al revisar el equipaje, faltaban dos maletas. Los encargados no daban otra noticia, sino que era probable que las mulas que las cargaban se hubiesen extraviado. Las dos maletas perdidas eran las que contenían nuestras santas reglas, nuestros santos hábitos y otras cosas de importancia. Aunque caía una lluvia muy copiosa, procedimos a embarcarnos, porque ya era la hora. Nos acercamos a la playa y para ir al bote fue menester sentarse en el hombro de un hombre desnudo, que ni pelo tenía de donde asirse para no caer al agua. Del bote pasamos al vapor "Pacífico", que se hallaba ya lleno de pasajeros. Obtuvimos dos camarotes pequeños uno con un poco de luz y otro completamente oscuro a lo que se agrega que el vapor estaba infeccionado de cucarachas. En la tarde del 3 de Noviembre camino el vapor con felicidad. El 17 de Noviembre de 1852 llegamos a San Francisco de California.

En San Francisco de California había un hotel canadiense, el dueño con mucho gusto nos recibiría pero nos dijo: "No muy distante a mi hotel, hay un convento de monjas de la Caridad, donde las Hermanas de la Providencia estarían más en su centro". Solo hacía un mes o mes y medio que las

Hermanas de la Caridad habían llegado a San Francisco. Estaban sumamente pobres, ni camas tenían; más, todo lo que tenían lo compartían



con nosotras con espíritu de verdadera caridad. Nos despedimos llenas de gratitud de las buenas hermanas de la Caridad para continuar nuestro viaje al Oregón. Tomamos el vapor el 19. Solo la entrada al río Columbia nos causó temor. Remontamos el río Columbia hasta Portland donde fondeo el vapor en las primeras horas del 1° de Diciembre. Del pequeño vapor pasamos a otro muy pequeño llamado “Águila”, que fue remontando el Columbia hasta Oregón-City, donde llegamos como a mediodía del mismo 1° de Diciembre de 1852. Nos dirigimos a casa del

Arzobispo Francisco Nolberto Blanchet. Habíamos andado bastante a pie, cargadas con los bolsones y cosas pesadas y sin comer desde la víspera, a una de nosotras le dio fatiga; el señor Arzobispo gritaba: “Traigan luego un pedazo de pan; las hermanas están con fatiga”. Entonces no sabíamos todavía que un pedazo de pan es un gran regalo para un misionero. Había en Oregón-City unas religiosas de Nuestra Señora. En cuanto supieron nuestra llegada nos fueron a visitar y nos ofrecieron su casa. En el convento de Nuestra Señora, las monjas nos dieron una pieza grande, con estufa, buenas

camas y todo lo necesario. Pero lo que más nos gustó y consoló, fue encontrar el Santísimo Sacramento en su capilla. Las monjas tenían lo necesario para vivir; porque desde el principio se pusieron a la altura de su penosa situación. No esperaron que Dios hiciera milagros para alimentarlas. Sin haber nacido para la agricultura, comprendieron que para tener qué comer debían arar, sembrar, cosechar, tener animales, cultivar la huerta. Ellas mismas mataban animales y desempeñaban varonilmente los trabajos más pesados, porque ni a precio de oro se encontraba quien hiciera estas cosas. Prácticamente se veía que todo lo dicho sobre el estado de Oregón no era nada en vista de la realidad. No había casa para nosotras. (Se nos edificaría) una pero sin dinero nada se podía hacer, que, además, el lugar donde se hiciera la casa, era sin población alguna y que allí las hermanas estarían en gran peligro y completamente sin ocupación. Nuestro recurso fue la oración, en la cual también nos ayudaban nuestras buenas amigas las otras monjas. En los primeros días de Enero de 1853, nuestra madre Larocque y Sor Amable visitaron al Obispo de Nesqually. Deseaban exponerle los temores que les inspiraba la actual situación de Oregón, para el establecimiento de una casa de monjas, insinuándole la idea de que las hermanas, entre tanto, podrían ir a establecer una casa a California, de donde fácilmente podrían volver al Oregón hermanas tuvieran que hacer. A todas nos pareció bien el acuerdo y creíamos, sin vacilar que sería de la aprobación de los Superiores de Montreal. A toda luz nos parecían tan graves y tan evidente los peligros a qué quedaríamos expuestas en Oregón, mucho más aún para el alma que para el cuerpo, que no nos ocurrió ni la más ligera idea de desaprobación. El 1° de Febrero de 1853 nos pusimos en camino para California. La navegación fue corta y feliz. En las primeras horas de la mañana del 6 llegamos a San Francisco, y desembarcamos muy temprano, porque era domingo, a fin de

poder oír misa con tranquilidad. Nos fuimos (a hospedar con) las monjas de la Caridad, que nos recibieron con toda benevolencia.

Las Hermanas de la Caridad eran bonísimas con nosotras; nos compadecían y nos trataban con amor de hermanas, pero eran tan pobres, que carecían de lo necesario. No tenían camas. Alimentos, había; más, atendidos los precios excesivos que costaba en aquella época, era de estricta urbanidad reglamentar el estómago para hacerse demasiada pesada. La piececita que habíamos ocupado en la ida al Oregón, la habían ocupado como oratorio. Con muy buena voluntad nos dieron otra en el techo de la casa. Esta casa tenía techo de fierro, sin resguardo alguno para el calor excesivo que hace en San Francisco. Para dormir doblábamos un manteo de paño que nos servía de almohada común y nos tapábamos con un chal. Agréguese a esto las molestias de legiones de pulgas, que nos consumían. Así, heridas en el alma y mortificadas en el cuerpo, pasamos ratos muy amargos en esta piececita. Era California en aquella época una verdadera Babilonia, donde se veían reunidas todas las naciones del universo y se oían hablar todos los idiomas y no se respetaba ninguna ley ni religión; todos parecían sufrir un vértigo espantoso, cansado por la sed del oro fundido que se habían figurado encontrar en todas las playas y ciudades de California. No encontrándolo, se entregaban a la desesperación y a los desórdenes. A los peligros comunes a todo el mundo se agregaba que tres de nosotras solo contaban veinte años de edad y que ninguna estaba preparada para enseñar inglés, que era el idioma del país. A esto que yo alcanzaba a comprender creo que se unían muchas otras circunstancias aún de mayor peso, que yo ignoraba, las que indujeron a los Superiores a tomar la resolución de volver al Canadá, resolución que fue saludada con mucha alegría. (Historia de la Congregación de las Hermanas de la Providencia, Tomo I. Págs. 12- 44)

Madre Bernarda Morin, Sierva de Dios



Si te invito, ¿Te comprometes con mi causa?